

¡ VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !



TOMO I. —BUENOS AYRES : Domingo 30 del mes de América 1852.— Núm. 22

Este Periódico, se publica los Domingos, Martes y Jueves por la IMPRENTA REPUBLICANA, Calle San Francisco Núm. 194— donde se admiten suscripciones, como en la Librería de Ortiz, Calle de Santa Clara Núm. 51 y medio—y Confitería de Grillo calle del Perú núm. 14—Su Precio es el de 10 pesos mensuales pagaderos á fin de cada mes—números sueltos 2 pesos.

LAS REDACTORAS.

Jamas hemos abrigado la presuncion de creernos capaces de ofrecer à nuestras suscriptoras ninguna composicion métrica de nuestra pluma—Protestamos contra toda interpretacion que pudiera deducirse de las que tenemos el placer de dedicarles por primera vez, inspiradas por el Sol de Mayo—Lejos de nosotras la idea de juzgarnos autorizadas para registrarlas en la recopilacion florida de las que adornan nuestro museo nacional, ni de compararlas con la última de los aficionados Argentinos—

Somos demasiado orgullosas, para espouernos, sin esta manifestacion, á los zumbidos de la crítica, y muy humildes tambien, para no someternos à la superioridad que reconocemos en todas las composiciones poéticas que han visto la luz pública—

Nos permitimos dedicar à nuestras compatriotas las siguientes estrofas à Mayo, y nos acogémos à su indulgencia invocando el objeto que las ha promovido—Si alcanzamos su aceptacion quedaremos íntimamente sastifechas—El juicio de los sensatos nos perdonará,

estamos seguras; la crítica de los poetas ofendidos, no puede herirnos, porque reconocemos la aridez de nuestros versos, y somos las primeras en criticarlos—La rechifla de los pedantes no nos importa nada—

I.

Bendita es ¡oh Mayo! tu luz sacrosanta—
Benditos los himnos que el Pueblo te canta—
Bendita tu gloria, tu nombre tambien—
Bendita mil veces la América tierra—
Benditos los héroes que pródiga encierra—
Benditas las palmas que ciñen su sien—

Bendita la tumba de mártires bravos—
Benditos los libres, que el trono de esclavos
Rompieron al golpe del fiero puñal—
Benditos por siempre, de Mayo los hombres—
Bendita la Historia que guarda sus nombres—
Benditos sus hechos, su gloria inmortal—

Bendito es ¡oh Patria! tu sacro estandarte—
Benditos los signos, que enseña de Marte—
Benditos los muros do altivo flameó—
Benditos los vates que á Mayo cantaron—
Benditos los écos, que erguidos alzaron—
Benditos los lauros que el Génio les dió—

Benditas las ondas del Plata risueño—
Que besan la planta del suelo porteño—
Y alfombra de plata le tienden al pié—
Bendito el Oriente do asoma de Mayo—
El siempre glorioso purísimo rayo—
Del Sol que a la Patria benigno le fué—

II.

Y vosotras tambien, bellas porteñas,
Bendecidas del Dios Omnipotente,
Que ora tejeis risueñas
La corona de lauros inmortales
Para señir la magestuosa frente,
De los Guardias del Plata, Nacionales.

Vosotras á quien dió naturaleza
El premio generoso de hermosura,
Uniendo á la belleza,
El fuego del amor tierno y fecundo,
Y esa del alma cándida ternura
Para hechizar el universo Mundo.

III.

Benditos ¡oh! mil veces, hermosas Argentinas,
Serán esos trofeos que la natura os dió—
Benditas esas sienes que reclinais divinas
Sobre el amante seno, con virginal pudor.

Bendita vuestra dulce tiernísima sonrisa
Con que brindais placeres al corazon sin fin,
Mas suaves y hechiceros, que el ambar de la brisa
Que jira entre las flores de mágico jardin.

Benditos esos tiernos y lánguidos enojos,
Con que rendis las almas que viven sin amor—
Benditos esos bellos y enamorados ojos,
Con que alentais el pecho del cándido amador.—

IV.

Venid acompañadme, que el rayo de la aurora
Ya borda en el Oriente purísimo arrebol—
Venid alzad el canto, que ya su luz colora
Sobre el cristal del Plata, nuestro querido SOL.—

¿ No veis al Plata abriendo, sus álas de alabastro
Que abarcan los espacios que nuestros ojos ven
Para ceñir con ellas, al de los Orbes, ASTRO
Que viene de los LIBRES á iluminar la sien ?

¿ No veis de nuestra Patria los dilatados brazos
Para apremiar abiertos, la antorcha celestial ?
¿ No veis sobre las olas, cual saltan en pedazos
Del diamantino rayo las chispas de coral ?

¿ No veis los Argentinos, mirándole de hinojos,
Y el pecho palpitante de gratitud y amor ?
¿ No veis como se animan sus apagados ojos
Al conteplrar de Mayo su espléndido fulgor ?

¿ No veis como se agitan los pátrios pabellones
Al céfiro que vate la azul y blanca faz ?
¿ No veis las bayonetas de erguidos batallones
Que están enmudecidas en símbolo de paz ?

¿ No veis al Pueblo todo correr entusiasmado
Su vista dilatando por el espacio azul
Para entrever el rayo por siempre venerado
Que asoma entre los pliegues de su alborado tul ?

Pues bien Americanas, ese es el SOL de Mayo—
El SOL de nuestra Patria, el SOL de Libertad
Alzad vuestros acentos á su purpúreo rayo,
Y el *Himno de los Libres, Patriótico*, cantad.

¡ Alzad Americanas la dulce melodía !
Que por el régio trono resonará tal vez....!
Mientras se templa un tanto la pobre Lira mia
Para cantar de Mayo la gran esplendidez.—

El Sr. D. Antonio Pillado, ha sido nombrado oficial 1.º del Departamento de Policía— Los recomendables precedentes que tiene adquiridos en largos años de práctica, y sus reconocidas aptitudes para el desempeño delicado de aquel destino, garanten satisfactoriamente el bien público, y ofrecen á este acreditado funcionario la facultad de expedirse bajo las simpatias de todos los ciudadanos—

Felicitamos al Sr. Pillado, por la justicia que han merecido sus nobles antecedentes; y á nuestro Gobierno por el acierto con que ha procedido en su eleccion—

La revista teatral que hemos ofrecido, y la descripcion de las fiestas de Mayo, tendrán lugar; si se efectúan ambas funciones, en el número próximo—Esperamos con ansia ver en escena la compañía Dramática nacional, para invitar á nuestras compatriotas la proteccion á ella, si es que fuere acreedora por sus trabajos—La Opera Francesa, hace esfuerzos para animar al público—La jóven Anita interesa mas cada dia; pero el público se muestra esquivo—En la representacion del Domino Noir que tuvo lugar el Jueves apenas habria doscientas personas—Sentimos íntimamente la poca simpatia que se advierte por la Opera Francesa en los aficionados al canto—

CORRESPONDENCIAS.

Señoras Redactoras de la *Camelia*.

Las Cédulas del 25 de Mayo han estado importunas como nunca—Nos alucinamos en la creencia de que las blancas no serian este año tan abundante como en los pasados, efectivamente así ha sucedido, pero con la diferencia de que la mayor parte de las negras que han circulado, contenian en vez de un premio, un chasco—Hemos oido quejarse furiosamente á algunas Señoras de edad, contra las tales cédulas, que en cierto modo no han dejado de estar imprudentes al-

unas de estas en su contenido engañoso—Nos consta, que para envolverse fueron repartidas á varias personas pagándoseles, quienes sin duda, han abusado de esa confianza, escribiendo en ellas algunas palabras nada decorosas, comprometiéndolo á los Señores de la Comisión con esta reponsabilidad. Esperamos no ver reproducida esta falta impolítica, y desconceptuadora de un pueblo culto, como creemos que lo es éste, en que tiene lugar tales juegos públicos.

Sirvanse las Redactoras insertar estas pocas líneas de—

Una Suscriptora.

VARIETADES.

EL NIGROMANTICO.

CUENTO.

Todo estaba dispuesto. Aliseta traía al matrimonio una virtud de monasterio, un feudo y mil docientas onzas de oro. D. Abel Rodríguez la rancia nobleza de su cuna, su espada de gentil hombre y dominios dilatados en un lejano país. La casa de los condes de Baux iba, pues, á aliarse á una antigua familia de Granada, que había venido á avicinarse en la Provenza, bajo el reinado de Felipe II. de Francia.

Nunca boda alguna se celebró con tanta suntuosidad. Cuando sonó la hora solemne, la tímida esposa solo tuvo que

dar un *si* balbuciente, acompañado de una ténue inclinación de cabeza, y unir su mano á la de su valiente caballero. Aliseta manifestaba una melancolía concentrada y profunda, y sus castas miradas se dirigían con placer á cualquier objeto, que encontraban al paso, como si tratase de despedirse de ellos para siempre.

¿Pero qué lúgubre presentimiento, podía contristar á esta noble doncella, heredera en línea recta del tronco principal de los condes de Marcella? ¿A élla que iba vestida de escarlata y oro? ¿A élla que iba á mezclar su sangre, con la ilustre y noble sangre española?

El matrimonio se celebraba á la luz de millares de antorchas, que esparcían una claridad capaz de competir con la del sol; pero sucedió un fenómeno raro y espantoso, que fué advertido únicamente por Aliseta. Al volver la vista hácia su esposo le había parecido no distinguirle rostro, y solo el vacío del casco: el guante que la tenía de la mano al entrar á la Iglesia, había dejado de hacer su ordinaria precisión, cuando fué preciso arrodillarse sobre las alfombras de seda, al doblarse las rodillas de D. Abel, forradas completamente en hierro, sonaron como si hubieran estado enteramente huecas; y cuando llegó el momento de dar el *si* matrimonial, se limitó á hacer una señal con la cabeza, tan inanimada como la de una estatua. Concluyó la ceremonia, Rodríguez que no había dado muestra alguna de vida bajó su resplandeciente visera, y metiendo la mano en una bolsa que conducía una figura de hombre, que repentinamente se había puesto á su

— 34 —

seis, salió de él. Al cabo de una existencia errante y agitada, tornó á sus lares sola y hastiada de todo, para descansar y extinguirse en la mansión de sus antepasados. Nada se sabía de su destino, y llamábanla la *señora de Sommerville*. Mucho debió oprimirsele el corazón al ver al cabo de tan malos días, los sitios en que había paseado su alegre infancia y su juventud meditabunda; y después de destrozadas por las borrascas que sufría en el mundo, encontrarse altivos y robustos los árboles que dejó débiles y delicados como ella. Estrangera en su país, donde la muerte y el olvido le habían arrancado los afectos de su tierna edad, evitó la señora de Sommerville cuidadosamente todo contacto y relación con San Leonardo. Resuelta á vivir sola, se dedicó enteramente al bien estar de su aldea. Profesaba la opinión de que los castillos son la providencia de las campiñas. En la ciudad la acusaban de orgullo, sin que de ello se cuidara; pero bendecíanla en el campo.

Apénas pasó un mes desde su vuelta, tuve que avistarme con ella por los intereses de Alberto. El administrador de las haciendas de la señora de Sommerville, viejo testarudo y corto, suscitaba hace tiempo contiendas sobre una extensión de

— 31 —

van nuestra alma y la purifican; son huéspedes que Dios envía solo á los hijos de su amor, y que déjan siempre el germen de algunas virtudes en el asilo en que habitaron.

Al concluir el sendero, hícele sentarse junto á mi, en un rincón de piedras á la orilla del camino y embozados en nuestras capas aguardamos allí el carruaje. Alberto estaba abrumado de emociones y apénas se sostenía.

—Dejo mi corazón en estos sitios, dijo estendiendo una mirada por las colinas nebulosas que tantas veces habíamos recorrido juntos.

—El nuestro os seguirá por do quiera, le contesté abrazándole.

Llegó en esto la diligencia, y el mayoral apoyado en la portezuela abierta, esperaba el joven viajero. Estrechóme Alberto en sus brazos, y lanzándose en el cabriolé, bajó la persiana y me alargó la mano. La cogí en la mía, y á pesar de la arcilla pegada á mis zapatos que hacía penosa la marcha, fuí de este modo al paso del coche hasta lo alto de la colina. Allí rompieron á galope los caballos, y el viento me trajo el último adiós de mi amigo.

Volvíme triste, en particular conmigo mismo:

lado, y cuyo semblante tenia una especie de animacion diabólica; arrojó algunas monedas á los pies de la multitud, que hacia resonar el aire con repetidos *vivas* á los nuevos esposos. A cada paso que daba lucia á su alrededor, una especie de resplandor; y sus movimientos forzados habrian hecho creer que D. Abel era una máquina y no un ser racional.

Entraron á una gran sala en que se daba el festin. Sus paredes estaban cubiertas de armaduras antiguas, y de versos, que los poetas provençales habian compuesto espresamente para aquel dia. Cuando todos se sentaron encontró la vista un espectáculo nuevo y sorprendente, en el gran número de caballeros condecorados, vestidos de pies á cabeza de oro y piedras preciosas. Los nobles señores de Baux se paseaban alrededor de la mesa; y sus venerables antepasados, que habian muerto en lecho de damasco ó en los campos del honor, representados en marmol, asistian á este convite de familia, á este banquete de amigos, al cual nada turbaba sino el aspecto sombrío de Rodriguez.

A los postres cantaron sus versos los trovadores. Poco despues hubo desafíos. El esposo de Aliseta arrojó su guante, que nadie osó recoger. Entonces se animó su semblante, que hasta aquel momento habia estado lívido é inmovil. Miró á su esposa, meditabunda y acongojada mientras que cuanto le rodeaba era placer y alegría. Las copas doradas se vaciaban, para volver á llenarse. La noche sorpren-

dió en la sala del festin á Aliseta y Rodriguez, á sus parientes y amigos. La estrella de la mañana brillaba; las olas rugian y el mar parecia una inmensidad de plata reluciente. Entonces los pages mas jóvenes vinieron con achones á conducir á los desposados al tálamo nupcial. Esta ceremonia se verificó con el mayor orden: al fin se cerró misteriosamente la puerta del gabinete de los esposos. Cuando estuvieron solos, Rodriguez se dejó caer en una silla, como si hubieran estado sumamente fatigado.

Desde su asiento contemplaba á Aliseta, que se desnudaba temblando.—“No he escogido mal (decia) Aliseta tiene ojos negros: una tez de leche y de rosas, cabellos castaños. Es como él la quiere. Si: no he escogido mal.”—

En efecto Aliseta de Baux, era una de las doncellas mas interesantes por su hermosura. En Marsella no habia otra que pudiera competir con ella. Un lunar tan negro como un pedazo de azabache, hacia resaltar la blancura de su frente. Porcion de caballeros distinguidos habian en valde sollicitado su mano y llorado sus desdenes.

A cierta hora de la noche se reunieron los pages, en la galeria contigua á la cámara nupcial. Reian y á veces lo hacian con mucho estrépito. Algunos se descalzaban, y venian hasta la puerta del cuarto de los esposos á poner el oido en el ojo de la cerradura; pero no escuchaban nada que pudiera indicarles lo que pasaba en su interior.

(Concluirá)

— 32 —

habia preparado el porvenir de mi hermana, y acababa de alejar los peligros que amenazaban su juventud, é inesperienza. Cuando entré en la *Barraca*, negóse Nancy á recibirme. La mañana siguiente la hallé grave y silenciosa, y durante muchos dias nada se habló de Alberto.

III.

Nuestra vida trastornada por este choque imprevisto, recobró al fin una calma aparente. Atraje con dulzura á mi hermana á que me hablase de su amor; y sometí á su prudencia las disposiciones que habia tomado para asegurar su reposo en lo presente, y su felicidad en lo venidero; aprobólo todo dándome gracias con efusion. Su humor triste fué cediendo, y su corazon halló en las caricias que me escribia Alberto una distraccion á las pesadumbres de la ausencia. Hablábamos á menudo de él, y sin alentar la pasion de Nancy escuchábala con indulgencia; tranquilizaba su alma inquieta moderando su ardor, dulcificándola poco á poco, segun su imaginacion entristecida se presentase. Trataba con esto de preservarla de esas exageraciones de sentimiento que nos impelen de continuo fuera de la realidad. Por este motivo no quiso permitirles escribirse durante los primeros años de su

— 33 —

separacion. En aquella edad, el amor en su expresion va siempre mas allá de lo verdadero; con sus abrazadoras promesas el ánimo se exalta, y cuando llega el dia de la realidad, la imaginacion se queda fria, y llora sus ensueños encantados. En cuanto á mi, gustábanme las cartas de Alberto; seguia en sus páginas el desarrollo de su corazon, y hallaba en cada línea el candor de su alma, la viveza de su talento, y esa cándida presuncion que tan bien sienta á la juventud.

Asi pasamos el invierno. En la primavera, alteróse la monotonia de esta comarca con un acontecimiento que arrancó al asombro del pais mas exclamaciones y epitetos, que á madame de Sevigné el matrimonio de una nieta de Enrique IV con un segundon de Casuña. Hubo sorpresa general, la noticia ocupaba la velada de los labradores; los calones de San Leonardo se abalanzaron con furia á esta presa ofrecida á su malignidad, y absorta esclusivamente su activa necedad dejó descansar durante algunos meses á las personas rectas y generosas que habia en la ciudad.

Todo ello se redujo á la vuelta de Aurelia de Sommerville al castillo de Anzéme. Diez y ocho años habian trascurrido desde que á la edad de diez y